

LOS INMIGRANTES

Howard
Fast



Howard Fast nos entrega, en su obra *Los inmigrantes*, la historia de las aventuras más apasionantes de una América poblada intempestivamente por un inmenso aluvión de humanos, provenientes de los países más lejanos y disímiles. Turcos, griegos, polacos, húngaros, italianos, franceses, japoneses... quienes, llenos de ilusión, abandonan sus viejos lares ancestrales para buscar mejores horizontes de progreso en un mundo donde el proceso de ser engañado, estafado, robado, burlado, constituía una intrincada parte de la existencia... *Los inmigrantes*, al hacer parte de una trilogía que relatará la vida de tres familias californianas a lo largo del siglo XX, es una verdadera novela, digna de tener siempre presente, no sólo por la calidad vital y filosófica de todos sus protagonistas, sino también por la nítida y absorbente visión llena de amor, belleza y ternura, donde la esperanza parece ser el único lenitivo cuando se siente la nostalgia de una patria y, cuando a través de las mezclas de costumbres, mitos y religiones, se ha logrado construir una nueva nación a la cual se llega a apreciar tanto o más que al lugar de origen. *Los inmigrantes* es una de las mejores obras de aventura, esperanza, amor, desilusión, pasión y lucha por sobrevivir en un mundo nuevo, colonizado por quienes, sin vislumbrar siquiera el camino de sus descendientes, hicieron parte de la historia americana.

A Bette

Los inmigrantes no tenían conciencia del papel que estaban desempeñando. No soñaban con la Historia ni se veían a sí mismos como parte de esa Historia. Compartían una mitología del lugar a que se dirigían, pero apenas si conocían nada de la realidad de ese lugar. La miseria les absorbía. Les absorbían las náuseas. Les absorbía el sufrimiento de sus estómagos. En el cabeceante, movedizo y fétido camarote de unos seis metros cuadrados, ocupado por ocho seres humanos, cuatro adultos y cuatro niños, que apestaba a una mezcla de olor corporal y vómito y carecía de toda ventilación, se hallaban inmersos en los diversos grados de su miseria, y esta miseria les parecía prolongarse toda una eternidad.

En la pequeña y fría cubierta, barrida por el agua y el viento, asignada a los pasajeros de proa, se encontraba un cierto alivio a la opresiva atmósfera del camarote, pero, en el mes de diciembre de aquel año, 1888, el Atlántico Norte proporcionaba escasa compensación por el soplo de aire fresco que deparaba la cubierta. Ésta era húmeda y gélida, y las olas se abatían sobre ella cuando empeoraba el tiempo. Y el tiempo no era nada bueno durante aquella travesía.

Anna Lavette estaba casi constantemente tendida en su litera. Era una muchacha morena y atractiva, de poco más de veinte años, y se encontraba en el séptimo mes de embarazo. Había nacido y se había criado en el diminuto poblado de pescadores de Albenga, al norte de Italia, a orillas del mar Ligur. Su marido Joseph, era un primo lejano, no por lazos de sangre, sino por la intrincada red del parentesco italiano. Los Lavette eran una familia de pescadores, mi-

tad italianos y mitad franceses, una parte de ellos en San Remo y la otra parte en Marsella. Joseph, pescador desde los diez años, se había criado en Marsella.

Ahora, a sus veinticinco años, era robusto, corpulento, inmune al mareo, fuerte como un toro, animoso y risueño. Su matrimonio con Anna había sido concertado cuando ambos eran niños, y él la había visto por primera vez hacía sólo diez meses, al celebrarse la boda. Estaba encantado de su buena suerte: una esposa agradable de mirar, rolliza y deliciosa de abrazar, alegre y, a todas luces, igualmente complacida con el marido elegido para ella. Recibía su cuerpo con la misma complacencia que él el suyo, y sus actos amorosos eran satisfactorios para los dos. Aunque Anna no sabía francés, Joseph dominaba el italiano, y ella encontraba atractivo su acento francés. Poseía también imaginación, y, cuando él le dijo que su hijo —ni por un momento pensó que pudiera ser una hija— debía nacer en Norteamérica, ella asintió.

Se convirtieron, así, en parte de ese inmenso aluvión de humanidad que eran los inmigrantes, un torrente de naciones que cruzaba el Atlántico y se vertían en otro mundo. Llevaban dieciséis días de navegación. Durante los cinco últimos días, Anna había permanecido en su litera, febril y congestionada, sin intimidad, sin aire, trocándose su animosidad en desesperanza, temiendo más por su hijo no nacido que por su propia vida, vomitando la voluntad de vivir y con el único consuelo de estar casada con un hombre paciente y cariñoso, que permanecía largas horas junto a ella, pasándole un paño húmedo por la ardorosa frente, describiendo lo que sería su vida en la dorada tierra americana.

—No —le dijo ella una vez—. No, Joseph. Yo moriré aquí.

—No lo permitiré —replicó él—. Eres mi mujer. Me honrarás y obedecerás y te pondrás bien.

—Me siento muy desgraciada.

Ella no murió, y llegó un día en que cesaron los bandazos y los cabeceos del barco, y él la cogió en sus brazos y la llevó a la cubierta. Anna estaba delgada y consumida, pero, cuando vio el sol y el cielo y las tersas aguas del puerto de Nueva York, comprendió que viviría y que deseaba vivir.

Se hallaban de pie sobre cubierta, mientras el viejo y herrumbroso barco que durante diecisiete días había sido su hogar y su arca viraba hacia Ellis Island, hombro con hombro, mejilla con mejilla. Todo el mundo estaba en cubierta, los viejos y los jóvenes, chicos alborotadores, niños lloriqueantes, los silenciosos, los aterrados, los enfermos, los esperanzados, nacionalidades y lenguas en un torrente de sonidos, lágrimas y risas. La gran dama de la esperanza les daba la bienvenida, y esto es lo que ellos habían estado esperando ver. La Octava Maravilla del Mundo. «Dadme vuestras fatigadas, vuestras pobres, vuestras apiñadas masas que anhelan respirar». En cinco lenguas, los datos estadísticos flotaban sobre el mare mágnam de sonidos. Tiene cuarenta y seis metros de altura y pesa doscientas veinticinco toneladas. Sí, puede uno subir hasta la antorcha, en el extremo mismo del brazo. Al otro lado del agua, se alzaba la masa de edificios, pero la dama de la libertad era algo distinto.

Luego, en Ellis Island, abrupto peñasco destacado del puerto y cubierto de edificios abarrotados de gente, Doña Libertad se reía de ellos. Fueron hacinados como cabezas de ganado, y gemían de temor ante los misterios. La vacuna contra la viruela era un misterio. Las horas de espera constituían otro misterio. Había turcos, y nadie hablaba turco; había griegos, y nadie hablaba griego. Con el italiano, era otra cosa. Un funcionario de inmigración hablaba correctamente el italiano, y preguntó a Joseph cuánto dinero tenía.

—Setecientos veinte francos franceses.

—Eso es dinero francés —dijo el hombre—, ¿y para qué sirve el dinero francés en Norteamérica?

—¡Madre de Dios! —murmuró Anna.

Cordial y amistosamente, el funcionario de inmigración se los llevó a un lado. Se sintieron aliviados después de la súbita punzada de terror. El hombre mostraba una expresión amistosa, un espíritu amistoso, y hablaba su misma lengua.

—¿No querrá decir que nuestro dinero no tiene valor? —suplicó Joseph.

—Claro que no. Pero debéis tener dólares, dinero americano.

—Sí, sí, claro —le explicó el asunto a Anna y se volvió de nuevo al inspector—. Mujeres. Y está embarazada. Se ha mareado durante el viaje.

—Claro, claro —el inspector se llamaba Carso—. Paisano —dijo cordialmente, pasando por alto el acento francés de Joseph.

—Paisano —respondió Joseph.

Los hombres comprenden estas cosas. Carso tenía un amigo que se llamaba Franco, y Joseph levantó el hatillo que contenía todos sus bienes terrenos y, con un brazo en torno a la cintura de Anna, siguió a Carso fuera de la multitud.

Franco era un hombre menudo, de ojos vivaces y nariz larga, aire furtivo y modales lastimeros. Dejó bien claro que sufría; sufría haciendo favores a idiotas bondadosos como Carso. ¿Quién necesitaba francos franceses? ¿Quién los quería? ¿Por qué insistía Carso en hacerle la vida tan difícil? Finalmente, se ablandó y entregó a Joseph sesenta dólares por sus setecientos veinte francos, aproximadamente, la tercera parte de lo que habría obtenido a un cambio honrado.

Así fue como los Lavette, Joseph y Anna, los inmigrantes, llegaron a Estados Unidos.

Al cabo de cinco semanas, no les quedaba nada de los sesenta dólares. Joseph averiguó que había sido engañado y averiguó también que no podía hacer nada al respecto. Averiguó que el proceso de ser engañado, estafado, robado, burlado, constituía una intrincada parte de la existencia en Norteamérica de dos inmigrantes que no hablaban inglés y no tenían parientes ni amigos. Su mujer no expresaba sus pensamientos, pero éstos se traslucían con claridad en sus oscuros y doloridos ojos. «Mírame con mi vientre hinchado. Daré a luz a la criatura en una carbonera. Ésta es su herencia». Habían pagado por adelantado siete dólares por el alquiler mensual de la mitad de una carbonera situada en Rivington Street. La luz penetraba en ella a través de dos sucios ventanucos abiertos en lo alto de la pared. Anna limpiaba y limpiaba, pero no hay forma de limpiar una carbonera. Desde la salida del sol hasta el ocaso, Joseph ofrecía su cuerpo, su inteligencia, su gran fuerza. Primero, en los muelles de East Side, se ofreció como pescador. No había trabajo. Era invierno, un invierno frío, y sólo se hacían a la mar los barcos más grandes. Por cada puesto de trabajo en los barcos grandes había diez hombres despedidos de los barcos pequeños, y hablaban inglés. Él se ofrecía en mudo e impotente silencio. Un día, encontró un solar en construcción a cargo de un capataz italiano. Dejó a un lado su orgullo y suplicó.

—Es inútil, paisano. Vuelve la semana que viene, la semana siguiente.

Tras mucha discusión, Anna le convenció para que se gastase dos dólares en una chaqueta gruesa. Tenían que ir al médico, y cada vez les costaba un dólar. En los muelles, Joseph conoció a un italiano llamado Mateo, y éste le aseguró que él, Mateo, podía encontrarle trabajo como marino de cubierta en un barco de excursionistas. Nadie le dijo a Joseph que los barcos de excursionistas no funciona-

ban durante el invierno. Para conseguir el empleo, para asegurarlo, Mateo tendría que disponer de diez dólares por adelantado. Luego se reunirían en el Battery. En el Battery, Joseph esperó durante cinco horas bajo el gélido aire y, luego, desconsolado, lleno de la mortificación del hombre decente que ha sido cruelmente engañado, volvió junto a Anna.

El sótano estaba siempre frío. Por la noche, se acurrucaban uno contra otro como dos niños perdidos, el gran corpachón de un hombre privado de su virilidad, la mujer privada de su alegría, su ánimo y su juventud, abrazando Joseph su hinchado cuerpo y enjugándole las lágrimas. Éste sabía que ella debía comer bien; procedían ambos de una tierra de sol y cálidos vientos, donde la comida era vida, alegría y tradición; pero, al ir disminuyendo sus dólares, empezaron a comer solamente pan, pasta de sopa y pescado salado, viendo cómo se esfumaban poco a poco los centavos. Éstos no tardarían en gastarse por completo. ¿Y entonces?

Después, Joseph diría que debían sus vidas y la vida de su hijo a Frank Mancini. Cuando decía eso, los labios de Anna se apretaban y se endurecían sus ojos, y Joseph se encogía de hombros y decía algo acerca de que un hombre y una mujer veían las cosas de modo distinto.

Frank Mancini era un caballero elegante. Llevaba un sombrero flexible negro y un abrigo también negro con cuello de visón oscuro. Tenía un pañuelo de seda blanco al cuello, y sus afilados zapatos estaban siempre relucientes. Entró en el destartado sótano en que vivían Joseph y Anna como si entrase en un palacio, se quitó el sombrero, les hizo una inclinación y les informó que se llamaba Frank Mancini —hablaba un italiano impecable— y que le había dado su dirección Rocco Cantala, el capataz de las obras en que Joseph había pedido trabajo.

Los Lavette le escuchaban estupefactos. Aquélla era la primera persona que ponía los pies en su casa, y una persona de tal elegancia y apostura que los dejó mudos. Se le quedaron mirando.

—Soy contratista de mano de obra —anunció.

Continuaron mirándole, esperando.

—Perdonadme. Llevo treinta años en este país y olvido que existen otros lugares y otras costumbres. Olvido que el mundo no es América. ¿Habéis oído hablar alguna vez del «Ferrocarril Atchison»?

Joseph se estaba preguntando si sería oportuno y cortés sugerir que míster Mancini se quitase el abrigo. Hacía mucho frío en el sótano. Él llevaba la chaqueta que había comprado, y Anna, tres capas de algodón bajo el jersey. Decidió que, en cualquier caso, sería presuntuoso por su parte.

—¿El «Ferrocarril Atchison»?

Joseph y Anna movieron la cabeza.

—Es un gran ferrocarril, allá, en el Oeste. Debéis comprender que Norteamérica es un país inmenso, tan grande como toda Europa. Pues bien, este gran ferrocarril, que se llama el «Atchison», ha comenzado la construcción de un ramal para enlazar su línea principal con la ciudad de San Francisco.

—San Francisco —dijo Joseph.

Había oído el nombre.

—Una hermosa y espléndida ciudad prendida como una joya en la costa del Pacífico de los Estados Unidos. Y comprendéis, naturalmente...

—Siéntese, por favor —dijo Anna.

Había olvidado la cortesía; había olvidado que, fuera aquel lugar lo que fuese, era, no obstante, su hogar, y que el rico y elegante míster Mancini era huésped de su hogar.

Míster Mancini examinó las tres cajas de madera que servían de sillas. Su expresión era dubitativa, y Joseph miró a Anna con desaprobación. Luego, míster Mancini se sentó

cautelosamente y pasó a explicar las cualidades necesarias para construir un ferrocarril, siendo la más importante la de ser hombre de músculos vigorosos y robusta complexión.

—Yo contrato hombres así —continuó diciendo—, hombres que no tengan miedo al trabajo duro.

—¡Dios mío! —exclamó Joseph—; es lo único que quiero, trabajar y ganarme el pan. Mi mujer está embarazada.

—Ya veo. ¡Dios bendiga a la criatura! Como he dicho, el trabajo es duro. No engañaré a un compatriota. Pero el salario es bueno, veinte centavos la hora, dos dólares al día, doce dólares a la semana..., incluidas comidas y un lugar donde dormir.

La súbita esperanza nacida en el pecho de Joseph se extinguió.

—Ya ve el estado en que se encuentra mi mujer. No puedo dejarla.

—¿Quién quiere que la dejes? Encontrarás otros con mujeres e hijos también. Es una vida dura, pero sana. Mejor que vivir en un lugar como éste.

—¿Está lejos? —preguntó Anna, con tono vacilante—. ¿Sigue siendo América, o es otro país?

—Porque mi hijo no debe nacer en otro país —dijo firmemente Joseph.

—Excelente. Excelente. Admiro eso. Pero tengo que explicaros algo acerca de Norteamérica. Es un grupo de Estados unidos entre sí. Por eso se llama Estados Unidos. Trabajarás en un Estado llamado California..., un lugar maravilloso, te lo aseguro.

Continuó asegurándoles todas las alegrías y recompensas que dimanaban de trabajar para el «Ferrocarril Atchison». Luego, sacó varios papeles del bolsillo interior de la chaqueta. Estaban escritos en inglés, que Joseph no sabía leer, pero Mancini explicó que se trataba de un simple contrato de trabajo.

Una turbada Anna contempló cómo firmaba Joseph los papeles. La criatura que llevaba en el vientre estaba ahora

dando patadas y moviéndose constantemente. Ya no podía recordar si había calculado bien las semanas y los meses.

—Mañana, pues —dijo Mancini—, en el transbordador *Lackawanna*, en el North River. A las siete de la mañana. ¿Sabes dónde está el transbordador?

Joseph asintió. Sí que lo sabía, ya que había merodeado por los muelles, desde la Calle 14 hasta el Battery, buscando trabajo, cualquier clase de trabajo. Ahora, gracias a Dios, ya lo tenía.

Aquella noche, Anna rogó a Joseph que no fuera, que no les llevase a otro lugar desconocido. Su conocimiento de la geografía, la situación y la distancia era vago. Nunca había ido a la escuela y no sabía leer ni escribir ni tenía la más mínima noción de inglés, por la sencilla razón de que, durante su estancia en Norteamérica, había sido escaso su contacto con los que hablaban inglés. Joseph había adquirido un vocabulario de unas docenas de palabras, pero Anna se había visto obligada a permanecer silenciosa, privada de voz y de voluntad. La travesía desde Europa había sido una eternidad de sufrimiento, y sabía que era imposible el regreso, imposible establecer de nuevo contacto con sus familiares, sus amigos o las cosas de su país, y se aferraba a la miserable habitación en que vivían como algo que, al menos, era conocido.

—Moriremos si nos quedamos aquí —declaró Joseph, en respuesta a todos sus argumentos, y ella pensó:

«Yo moriré de todas formas».

Con la primera luz del alba, Joseph reunió sus escasas pertenencias, y salieron al helado exterior para cruzar la parte baja de Nueva York, en dirección al transbordador *Lackawanna*. Al llegar al embarcadero, se unieron a un grupo de una docena de hombres y mujeres y dos o tres niños ya congregados allí; y para cuando apareció Mancini, una hora después, el grupo había aumentado a dieciocho hombres, seis mujeres y siete niños. El miedo de Anna se intensificó, y se aferró a Joseph. Algunos de los hombres estaban ves-

tidos literalmente de harapos, sucios, sin afeitar, ateridos, varios de ellos abyectamente rendidos a las circunstancias, abatidos, desesperanzados, casi todos inmigrantes, suecos, italianos, polacos, turbadas y amilanadas sus mujeres, los escasos niños asustados e intimidados por la vista del ancho y gélido río y de la neblinosa incógnita que se escondía tras él. Mancini era su pastor. Sonriente, seguro de sí mismo, plenamente al mando de la situación, los condujo en manada al transbordador. Aterida, sumida en atemorizado silencio, Anna contemplaba cómo se deslizaban las grises aguas ante ella y sintió congelársele las lágrimas en las mejillas. Ni Joseph ni ninguno de los obreros contratados hablaba; permanecían alineados a lo largo de la barandilla y veían alejarse Manhattan, con rostros yertos y desesperanzados.

En la estación del ferrocarril, al otro lado del río, los obreros recibieron unas lonchas de jamón con pan duro y café en vasos de hojalata. Mancini, siempre alegre y sonriente, les aseguró que se habían tomado disposiciones para que fueran atendidos y alimentados durante el viaje a través del país, y, luego, los condujo a una parte de la estación en que estaba detenido un furgón. Allí, los dejó a cargo de un empleado del ferrocarril, que les pasó lista utilizando la relación de Mancini y los hizo subir al furgón. Como algunos de los hombres empezaran a protestar, Mancini les aseguró que aquél no era un furgón corriente. Tenía retretes en uno de los extremos y se hallaba dividido en dos partes, para que las mujeres pudieran disponer de intimidad. Había colchones donde dormir. Cada día recibirían comida y agua fresca. Sería un viaje interesante e instructivo, y verían gran parte de aquel hermoso país que habían elegido como su nueva patria.

Hasta aquí lo que Frank Mancini dijo al grupo de obreros en la estación de la orilla occidental del río Hudson. Había muchas más cosas que hubiera podido decirles y que se calló: que los retretes estaban sucios y funcionaban mal,

que el hedor invadiría en muy poco tiempo el furgón, que en Chicago se unirían al grupo otros dieciséis hombres, que la comida sería mala y escasa, que no tendrían agua potable suficiente y que el frío sería insoportable en el vagón que carecía de calefacción. También dejó de decirles que el viaje a través del continente duraría siete días.

Siete días en un furgón, como descubrió Anna Lavette, pueden ser una eternidad. Había una única y primitiva letrina construida en un extremo del vagón. No había calefacción, ni asientos, ni mantas, excepto las que los inmigrantes llevaban consigo, y la comida, que les era introducida en las paradas del tren, estaba constituida por una desalentadora e invariable dieta de salchichas frías y pan duro. La población del vagón estaba separada por el idioma y la procedencia. Los hombres se enfurecían con facilidad; la frustración se convertía en ira. Sin ningún otro lugar en que desahogar su furia y su desesperación, los hombres se volvían contra sus esposas, pegaban a las sumisas y mudas mujeres y se convertían en animales enjaulados frente a cualquiera que se atreviese a intervenir.

Durante tres días, Joseph y Anna permanecieron acurrucados en el vagón y contemplaron con creciente desesperanza la vida que se desarrollaba en el furgón. El cuarto día, comenzaron los dolores de Anna, y, a las cuatro de la madrugada, en el traqueteante, bamboleante y frío vagón, nació el hijo de Anna. Una mujer polaca y otra húngara hicieron de comadronas, y, súbita y milagrosamente, cesaron las riñas en el vagón. La ira se tornó compasión, y el diminuto trocito de lloriqueante vida se convirtió en una especie de pacto y promesa para los inmigrantes. Le fueron entregados a Anna chaquetas y abrigos para calentarse, y la criatura pasó a ser triunfal posesión de todos cuantos se encontraban en el vagón. El marido de la mujer polaca que había actuado de comadrona sacó una botella, cuidadosamente atesorada, de aguardiente de ciruelas, y todos bebieron a la salud del recién nacido. Olvidaron su propia

desgracia, y una heterogénea mezcla de lenguas y balbucientes traducciones se dedicó a la tarea de buscar un nombre para el niño.

Joseph eligió el nombre de Daniel. El niño había nacido en una guarida de leones, o en su vago equivalente. En cuanto a Anna, se sentía contenta de que hubiera terminado el embarazo y de que aquel encantador y saludable trocito de vida mamase de sus pechos. Por lo menos, tenía leche, y el niño viviría. Y tarde o temprano encontrarían un sacerdote que pudiese bautizarle.

Así fue como Daniel Lavette vino al mundo en un traqueteante furgón que atravesaba de una parte a otra los Estados Unidos de América. Pesaba más de tres kilogramos y medio, mamaba vigorosamente y se iba poniendo gordo y robusto. Años después, los médicos le dirían a Anna Lavette que la forma del parto y ciertas complicaciones que debieron de sobrevenir le ocasionaron una incapacidad para tener más hijos. Ahora, sólo sabía que el sufrimiento había pasado y que había nacido un niño hermoso y saludable.

Durante sus tres primeros meses de vida, Daniel Lavette se crió en campamentos ferroviarios, mientras su padre clavaba estacas y manejaba raíles de acero. Pero permanecía felizmente inconsciente de ello, y también del día en que su padre vio por primera vez las colinas de San Francisco y decidió que aquél sería el lugar donde viviría, y sus primeros recuerdos de sus padres comenzaban en el piso de Howard Street en que Joseph Lavette se había instalado después de encontrar trabajo en uno de los barcos pesqueros que salían del muelle. La aflicción de la enfermedad de Anna Lavette, originada por el confinamiento en un sucio vagón, era también anterior a sus recuerdos. Él era el único hijo. No habría más.

Joseph Lavette había ahorrado cuarenta y dos dólares trabajando en el ferrocarril. La experiencia le había convertido en un hombre cuidadoso y ahorrativo, que vivía con el